

La india, toda confusa, sin sospechar siquiera la causa de esta actitud ni de este aparente enojo, corrió en su busca llamándole: con voz vibrante de emoción le confesó su ardiente amor, rogándole no la abandonara...; pero... sus quejas se perdieron en los retumbos del mar, que respondió a su grito desolado, presagiando tormenta, y la sombra de la noche ocultó sus alas a Lispo.

Se sucedieron los días a las noches y los crepúsculos a las alboradas, sin que Yontá deleitase su vista en el rostro amado; mas como en la vida se recibe sabia enseñanza hasta de la cruel decepción, fué en la soledad cuando entró ella a reflexionar, sintiendo vivo interés por aquellos consejos tan imperfectamente apreciados; los fué repasando uno a uno en su memoria, absorbió lo que estaba al alcance de su cuasi infantil penetración, y creyendo cumplir como mandato las observaciones de Lispo, convenció a Jarib para llevar a cabo la práctica piadosa que se desprendía del significado de sus últimas palabras, tomadas al pie de la letra. Una mañana permaneció atrancada su choza, cubierta la puerta con hojarasca, y ellas no aparecieron. En ayuno y recogimiento pasaron tres días envueltas en blancas telas; después salieron al aire libre y se bañaron en el mar, contentas de haberse librado de la peste predicha por aquél que aun continuaba privándolas de su compañía.

Tranquila deslizóse la vida del Indo, entre los sencillos pescadores. No buscó ya verse a solas con

Yontá, y si por casualidad la encontraba, le dirigía la palabra en el mismo sentido que al pueblo, sin emplear aquel tono deferente que con ella acostumbraba. En cambio, la vida era un hastío para la pobre india. Cansada por fin de esperar en vano y de guardar silencio, se dirigió una mañana donde Tauma, resuelta a confiarle sus pesares. No estaba en casa su viejo amigo, y ella regresaba contrariada, cuando vió a Yurán, protegido del anciano, a quien preguntó por él. El joven miró a Yontá de hito en hito; luego, cerciorándose de que nadie lo escuchaba, le dijo con bondad.—Tú le quieres, ¿no es cierto? Mira: si no me descubres, yo te llevaré a su lado..., ven.

La llevó por la playa del estero hasta llegar al tupido manglar; por angosto caminillo, medio trazado entre la selva, anduvieron largo rato, y después de atravesar un cañizal que bordeaba el agua, bajaron a ella por rústico embarcadero recién construído en un risco. Un cayuco se mecía atado a un árbol, como si aguardara impaciente a su dueño, y a él entraron nuestros indios, hallándose a poco remando contra corriente, en medio del sombrío estero. El sol picaba ya cuando Yurán, orientándose, cruzó hacia la opuesta orilla; saltó a tierra con su compañera, pidiéndole que guardara silencio, y mirando a todos lados, detuvo su vista ante un empinado cerro al cual se dirigió resuelto. Llegando al pie le dijo:

—Una voz interna me impulsa a revelarte el secreto que sólo Tauma y yo conocemos; para ello debes seguir mis pasos escalando este escarpado monte; al llegar a su cima te dejaré, y contemplarás algo que maravillará tus ojos!

Difícil y largo fué el ascenso por paraje tan quebrado, pero al fin pisaron su cumbre. Yurán volviése hacia su atónita compañera y le dijo:

—¡Qué el sol alumbre tus pasos!—y desapareció. Ella se encontró sola sobre una alta meseta circular de imponente efecto. Dominábase de allí (a vista de pájaro) todo un panorama de variado conjunto: océano, ríos, campos, selvas, poblados, cubierto por diáfano celaje y acariciado por la brisa fresca de las alturas.

Y si el sentimiento de artista, innato en Yontá, se deleitó ante cuadro tan hermoso, que aparecía en término lejano, no menos sorprendida se mostró de las cercanías: túmulos de piedra, en formas cónicas, la rodeaban; columnas, también de piedra labrada, representando hombres y animales fantásticos, le hacían guardia; y en el centro, resguardada por alta roca natural, se elevaba sobre graderías un gran monolito de forma oblonga, en donde trabajaba un solo hombre. Acercóse a él con sigilo, y aunque estaba de espaldas, le reconoció con alegría: era Tauma, que ahondaba cuidadosamente en la dura piedra un bajo relieve, no muy profundo.

Le observó con detenimiento, en tanto que meditaba en lo extraordinario de esta escena. ¿Por qué

nunca la había traído aquí su viejo amigo? ¿Cómo permaneció desconocido para ella este sitio, cuando creía haber vagado por todo el territorio en sus correrías por el campo?

Esto era tan misterioso que, resuelta a inquirir la verdad, aprovechó un momento de pausa para decirle:

—Tauma, mi viejo amigo, ¿qué haces aquí?

Volvió él su cara hacia ella, presa del estupor; arrojó al suelo el cincel de obsidiana con que trabajaba, y asiéndose la cabeza con ambas manos le gritó desesperado:

—¿Quién te ha traído y qué deseas tú aquí?

—Necesité de tus consejos y vine a buscarlos, compañero de mi niñez. No me riñas.

—Pero,—replicó el anciano bajando la gradería—¿sabes, acaso, en dónde estás? ¿No te grita la conciencia que aun tus pies se hallan demasiado llenos del polvo de abajo, para ser capaces de penetrar en este recinto? ¡Vuélvete por ese mismo sendero que has recorrido!

—¡Tauma, Tauma!—le gritó Yontá:—guarda tu cólera y perdona la osadía de tu pobre Yontá, que vino buscando, paso a paso, las huellas del que siempre ha consolado sus tristezas. ¡Lava ese polvo que cubre mis pies, y que la pureza del recinto purifique mi corazón que gime desconsolado!

Conmovióse el anciano con tan candorosas frases, y bajó tristemente su cabeza; así, encorvado, meditando, tras larga pausa contestó:

—¡Quédate, hija mía, y que el Espíritu de Luz ilumine tu mente!

Perdió toda reserva con la chiquilla, a quien por tantos años ocultó su secreto, y le mostró la magnificencia de aquel sitio abandonado y desierto, que fué en otra época gloria de su perdido pueblo. Señalando luego hacia el Norte, en la lejanía, la promiza playa confundida con el horizonte, le preguntó:

—¿Distingues en lontananza aquella costa?  
¿Sí? Pues salúdala con reverencia, porque al vago rumor de sus olas viniste al mundo; envíale un pensamiento de gratitud al oculto nido que te vió nacer. ¿No se te ha ocurrido preguntar quién eres, o quiénes fueron tus padres?

Como guardara silencio, la tomó con cariño de la mano, la condujo por la gradería al monolito, atrayendo su atención hacia los jeroglíficos y bajo relieves, y le dijo:

Algún día descifrarás en este monumento mi vida y la de mi pueblo, así como el motivo por qué fuí condenado a vivir en tierra baja teniendo en las alturas mi hogar... Ahora voy a mostrarte tu nombre y tu historia, esculpidos en piedra; sus caracteres son inteligibles sólo para quienes por méritos alcanzados los pueden comprender. Señaló un extraño dibujo en la parte inferior de la superficie de la piedra, y continuó:

—Mira: ésta eres tú. (Era la figura de un niño sobre la espalda de una mujer acostada en

el suelo, unas líneas ondulantes a un lado, y abajo una inscripción.)

—¿Qué significa la escritura?

—La expresión de tu destino. ¿Quieres saberlo?

—¡Sí, sí!—gritó anhelante.

—*Tú serás el lecho (la cuna) de la raza futura*; por eso te llamamos Yontá.

Nada comprendió, y movió impaciente su cabeza, a tiempo que decía frunciendo el ceño: Bueno, bueno; pero cuéntame esa historia.

Con acento tembloroso comenzó a describir la pesca que, con un grupo de vecinos de Yuk-Bugur, hizo una tarde despejada de invierno, hacía ya largo tiempo. Sus pinturas daban realce a la narración, y Yontá oía con interés, sin perder un solo detalle. Al referir la escena del hallazgo, por Jarib, de una criaturita abandonada en la arena sobre el cuerpo inanimado de una mujer, su voz fué apagándose lentamente, hasta concluir con un murmullo de tiernas palabras.

Esta historia produjo en el ánimo de la oyente tal emoción, que permanció como muda; pero, hacia el final, no pudo dominarse; brillaron sus ojos con singular fulgor, sus labios se plegaron con expresión de infinita ternura, y su rostro manifestó la impresión que le causaba el misterio ya revelado de su existencia. Acercándose a Tauma balbuceó:

—¿Por qué me has tenido a oscuras? ¡Si desde niña hubiera sabido mi origen, tal vez habría ayudado a la noble viejecita Jarib a llevar la carga de la vida! ¡Oh! ¡que no fuese tarde para demostrarle que la pobre abandonada chiquilla está llena de gratitud! Tauma, ¿no ves que ya soy mujer y sé valorar los afectos del corazón? Y de ellos es que he venido hoy a hablarte; escúchame, que la hora de las confidencias ha llegado.

Como flor tempranera que esparce en la brisa su perfume, cuando acaricia sus pétalos el benéfico sol, así la niña, confiando en el anciano bondadoso, le confesó, en lenguaje apasionado y breve, su amor para Lispo, la esperanza de ser por él correspondida, y la deferencia del extranjero hacia ella, pobre olvidada huérfana. Luego se lamentó de la indiferencia a que de pronto (y cuando más vehemente era por él su amor) la relegó el ingrato, abatiéndola tanto esta nueva confesión, que cayó humildemente a los pies de su amigo implorando un consejo.

—¿Para qué me pides mi parecer, si sólo amargaré más tu dolor? Tú no sabes las tristes experiencias de la vida, cuando procedemos obedeciendo tan sólo a los sentidos! Te quiero como a mi propia hija; te he visto crecer libre y pura desde niña, sin que el germen funesto del amor terreno se desarrollara en lo profundo de tu ser... ¿Pero ahora? Llegó ya el momento temido, y al ver tu alma turbada por tempestuosa pasión, no me atrevo a proferir palabra...

Como herida por un rayo levantóse Yontá, y agarrando al anciano de una mano le dijo:

—Habla Tauma, habla; el deber te lo exige, y mi derecho te lo impone.

—¿Sí? ¿quieres oírme? Bien. Has puesto tu amor en un ser extraordinario, y es en vano que aguardes corresponda a tu pasión. Aprende de Lispo, recibe sus enseñanzas, pero arráncate del pecho ese vehemente cariño...

Con actitud amenazadora, llena de energía sobrenatural, desafió aquella mujer al anciano, retándole con fiera mirada.

—¡Qué! ¿Para oír sentenciar a muerte mi única ilusión, he venido yo, acaso, desde lejano hogar? No tal, que tú no sabes lo indómita que es esta salvaje india, que te jura aquí, ante el recuerdo sagrado de este recinto, que antes que la muerte hiele su sangre... Lispo la habrá amado.

Sus ojos parecían ascuas, y sin saber de sí, huyó despavorida, yendo a detener su carrera al borde de un abismo.

El anciano la siguió paso a paso, moviendo compasivamente la cabeza, y cuando vió que se había calmado, la dijo con afecto:

—Vámonos, Yontá. Declina el sol, y aun hay gran trecho por bajar. Te llevaré por otro camino.

Al lado opuesto del monolito, cavado entre la dura roca había un estrecho pasillo, por donde Tauma condujo a la niña; alcanzaron una portada

de piedra en forma de ídolo tallado en la misma, que los llevó por una larga galería hasta detenerse ante la abertura de un muro, a manera de entrada a un subterráneo; allí aplicó Tauma sus labios a un curioso silbato de arcilla que tocó por tres veces, resultando un sonido estridente e inarmónico, que repercutió en el interior de aquella oscura caverna. En seguida se oyó, como lejano eco, la respuesta, y Yurán apareció luego con una antorcha en la mano.

Tauma le dijo:

—No te inculpo, hijo mío, de haber traído aquí a Yontá, a quien creíste digna de poseer nuestro tesoro; pero sonó la hora del regreso, y esta vez será por la senda oscura. ¡Encamínala tú, que yo velaré!

Con pie seguro entró Yurán al cañón, conduciendo de la mano a la asustada india, y Tauma los siguió rumiando ininteligibles frases.

Descendieron por aquel oscuro y siniestro lugar. Yontá temblaba sobrecogida de espanto: vampiros repulsivos aleteaban sobre su cabeza, y extraños reptiles huían entre sus pies, sofocándola un vapor húmedo y frío que salía de las paredes y del bajo techo de la cueva. Por fin, tras largo espacio de tiempo insufrible, hirió su vista una semiclaridad que se hizo más y más visible, hasta diseminarse dentro del sótano: era la puerta de escape que los condujo de pronto a un playón del estero!

¡Qué exclamación de alivio profirió Yontá al respirar libremente! Vió que Yurán cubría la salida con una piedra triangular, lisa y delgada, ocultándola con hierbas secas, y ya se disponía a ayudarle, cuando se interpuso Tauma; le pasó repetidas veces las manos ante los ojos al par que le decía:

—Nada has visto, nada has oído.

Transcurrió un intervalo de completo silencio, en que los indios, impresionados, quedaron en suspenso...; pero de pronto vino la reacción, y los tres, como buenos camaradas, se prepararon a entrar a una canoa y bajar de prisa el estero, antes que huyese la dorada luz crepuscular, que reflejaba sus matices sobre las tranquilas aguas, señalando luminoso camino entre las sombrías frondas ribereñas.

Caía la noche cuando desembarcaron, y cada cual siguió a su morada, sin que jamás se volviera a hablar de este día extraordinario, tan lleno de raros sucesos.

### CAPITULO III

**E**L que habiendo recorrido, como profano, un volcán extinto, y admirado su imponente hermosura y observado la exótica vegetación que crece aún al borde de los apagados cráteres, jamás creería en la justa opinión de los sabios naturalistas, que nos prueban que en las entrañas de esa mole ruge llama voraz, la cual, si encuentra resistencia, brotará vigorosa, estallando en terrible erupción...

Así, ¡qué lejos estaba Jarib y demás buenos vecinos de imaginar el fuego interno que devoraba a Yontá! Cada día la veían más hermosa; su mirada tomaba un brillo siniestro, realzando la expresión de su semblante melancólico y triste; el cuerpo adquirió la esbeltez de la floreciente juventud; pero a pesar de sus atractivos, Lispo no la buscaba. Y la tempestad que bramaba en el pecho de la niña no permaneció oculta al sabio, iniciado en los misterios de la humanidad, al ser evolucionado que vino de Oriente a revelar la Luz. Él eligió a Yontá para su discípula, de acuerdo con antiguas causas y misteriosos avisos, y viendo ya

preparada su alma, quiso hacer germinar en ella el Saber Divino; mas, cuando le predicó sus doctrinas, leyó en el corazón de la niña sus sentimientos y sus vehemencias, y se alejó, porque entre ellos surgía, cual titánico enemigo, la llama física pugnando por desvanecer la luz purísima de su Apostolado.

Algún tiempo después probó de nuevo, inculcándole sus conocimientos; pero pronto desistió, sintiéndose impotente para vencer al enemigo y domar aún la arisca torcaz. Empezó entonces su íntima enseñanza con un grupo escogido del pueblo.

\* \* \*

¿Qué beneficio produjo esta instrucción?

Difícil sería avalorararlo hoy día, en que llaman a las nuestras "fantásticas hipótesis", por no hallarse en manos de todos documentos auténticos que las patenten; pero si a través de los siglos no persisten los múltiples objetos en que escribieron su vida y costumbres los prehistóricos antecesores de nuestro suelo americano, ¿qué nombres pueden llevar esas magníficas piezas arqueológicas de oro, jade, granito y barro cocido, que a diario se extraen de las *huacas* indígenas en México, América Central, Colombia, Ecuador y Perú? ¿Cómo pueden llamarse esas grandiosas ruinas prehistóricas, moles de piedra imponentes, en México, Copán, etc., etc., sino documentos auténticos, con sello inextinguible, de remota ci-

vilización, no sólo autóctona sino también exótica, entre la que descuella la India? Concentrada en la esencia de este problema, pasa por mi mente, en un segundo de abstracción, todo un tropel de escenas de aquellas épocas, y veo al modesto pueblo de Yuk-Bugur modelando en fina arcilla su cerámica, y en medio de ellos, a Lispo, o a los suyos, ya trazando con intención alegóricas cruces y triángulos simbólicos; ya labrando en las figuras de oro signos de altísima significación; ya predicando el valor oculto del número Tres, y dando orden de establecer, como prueba de su comprensión, la regla precisa de fabricar todos sus cántaros, graseros, pebeteros y demás artefactos de piedra, barro o metal, que se usaran en las fiestas piadosas o funerarias, con tres bases, como significativo Triple apoyo del Uno, o ya inculcándoles respeto al fuego para sus dichas ceremonias, en recuerdo de la veneración que en el Alto Himalaya aprendieron a rendirle al dios Agni, a quien elevaban himnos sus Padres, y exhortando a los indios a regar, entre los restos mortuorios, cenizas y carbones de ese fuego ya apagado, como memoria imperecedera del sagrado elemento... Por último, pareceme escuchar sus voces, enseñando a los sencillos hijos de aquel remoto pueblo prácticas piadosas, cuya oculta significación no sólo fué bien comprendida por ellos, sino acogida en su verdadero sentido; pero que la tradición ha adulterado, haciendo llegar a través de los siglos hasta nuestros días, la

noticia de los exagerados ayunos e inconsultas ceremonias de purificación, de estilo absolutamente oriental, que indican claramente la desviación de estas enseñanzas de su recto sentido.

\* \* \*

Cuando Lispo consideró cumplido su deber para con el pueblo que tan pronto le obedeció, se alejó de allí en busca de otros en quienes depositar su Saber.

Se llevó a su hermano y a Tauma, dejando en Yuk-Bugur muchos hogares tristes y un corazón desgarrado, pues Yontá no se conformaba con su destino, llorando sin cesar su perdido amor. Pasó el verano, y también la estación lluviosa, sin que se mitigara su pena, y la frescura de sus mejillas fué marchitándose poco a poco.

Un día vino Yurán a verla y le comunicó la vuelta de Tauma.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he soñado, y no viene solo: alégrate, amiga mía.

Así sucedió muy pronto. Volvió el tío Tauma, y aquellos que le querían en su pueblo le recibieron con demostraciones de cariño. Cuando preguntaron por Lispo, contestó que su fiel amigo había quedado atrás para llegar embarcado en su piragua.

—¿Cuándo llega?—preguntó tímidamente Yontá.

—Mañana al rayar el sol se embarcará al otro lado del golfo, y antes del medio día estará entre nosotros.

Se alistaron a recibirle con júbilo, y después de larga discusión entre ancianos y agoreros, acordaron delegar en Tauma los poderes del pueblo para ofrecer a Lispo el Cacicazgo, que por motivo de disputas internas estaba acéfalo.

Esa noche, primera de luna nueva, trazó Yontá, con mano temblorosa, la última incisión en una piel de nutria que desde mucho tiempo venía sirviéndole de calendario, en el cual llevaba cuenta cabal de la ausencia de su ingrato Lispo. Soñando con él pasó casi toda la noche; pero hacia la madrugada despertó sobresaltada, escuchando el retumbo fragoroso de un trueno. Recio huracán agitaba el mar: la naciente aurora fué súbitamente empañada por negros nubarrones que se disolvieron en lluvia violenta, y el pueblo impresionado comenzó a hormiguar frente al rancho de Tauma, desde el amanecer, ansioso por averiguar si con semejante tiempo sería Lispo capaz de hacerse a la mar.

—No le conocéis—respondió conmovido el anciano:—por cumplir Lispo su palabra, desafiará los enfurecidos elementos.

Arreció el temporal sobre la costa de Yuk-Bugur, llenando de terrible expectativa a sus habitantes, conocedores del peligro de la barra del río Daylo, recordando con tristeza las piraguas allí perdidas en su lucha con los rompientes.

Pasó el medio día, y como el mal tiempo aumentaba, se resolvió ir al templo para elevar plegarias al dios Sol.

Uno tras otro vió desfilar Yontá ante su puerta a los vecinos instándola a seguirlos, lo que rehusó, al parecer indiferente y tranquila; pero al salir de su morada, al contemplar las encrespadas olas y oír el amenazante rugido del viento, rompió a llorar, arrepentida de no haberse sometido a tomar parte en las rogativas...

Después de largo rato de sollozar secó su llanto, pues una idea salvadora cruzó por su mente iluminándole el semblante.—¡Ah! se dijo, con súbita esperanza—si yo supiera que aquí... bajo este encapotado cielo... el sol, a quien todos adoran, escuchara mis ruegos, alzaría mi humilde voz implorando su auxilio...; pero... (mirando desconcertada a su alrededor) nada tengo que ofrecer en recompensa... Sin embargo... (meditando) si yo me atreviera... si mis ojos, cuando aparezca el sol, miraran su luz hasta no soportar la intensidad de sus rayos, tal vez este sacrificio le sería grato. ¡Sí, sí,—gritó resuelta—yo lo haré!

Cual si le respondiera, rasgó el disco del sol el denso velo de oscuros nubarrones, e inundó con su fulgor mar y tierra. Yontá, fervorosa y reverente, le imploró así:

—¡Oh, Luz Invisible y Poderosa, que vivificas este sol que todos vemos, aplaca el mar, tranquiliza el viento, señala el rumbo que ha de

seguir la piragua para devolverme salvo a estas playas a mi amado, y aceptá como pobre ofrenda este dolor que sentirán mis ojos!

Levantó su vista hacia el sol, y arrebatada en éxtasis se quedó contemplándole. Pasaron los segundos, luego los minutos, y Yontá no se movía: parecía una estatua insensible de bronce. Sobre sus carnes enviaba el astro ardiente tornasolados dardos, y si antes estuvo rehacio en mostrar su faz, ahora brilló con tropical vigor, hasta disolver, no sólo las nubes que cubrían el antes tormentoso firmamento, sino que también marchitó la preciosa retina de la abnegada india, la cual, sintiendo dolor intenso, perdió el equilibrio y fué a caer sobre la playa. Se levantó, haciendo un poderoso esfuerzo, y comenzó a gritar desesperada.

Yurán vino en su auxilio, y tras él Tauma y muchos otros, pero como la oían quejarse y observaron sus desconcertados movimientos, creyeron que estaba demente!

La pobrecita, imaginándose herida por un deslumbramiento, en su ofuscación aseguraba que sentía como si el sol se hubiese desprendido del espacio y penetrado de lleno en sus ojos.

Tauma quiso reanimarla diciéndole:

—¡Ea!, Yontá, vuelve en ti, que las gaviotas vuelan rozando las olas y allá a lo lejos se descubre la piragua.

—¿Qué dices?—gritó la india, olvidando por un instante su dolor—¿tan pronto escuchó el sol

mi plegaria? ¡Oh! ¡gracias, gracias! Pero Tauma, Yurán, llevadme a mi rancho, pues ya no veo... El sol huyó de mis ojos, dejándome en cambio la negra noche.

En grupo la condujeron a su casa, y allí Jarib y los buenos amigos echaron mano a toda clase de remedios, sin obtener alivio para la pobre niña, a cuyas pupilas rehusaba volver la luz del día.

El mar, enfurecido, descargó su ira sobre los intrusos que en horas de tormenta se atrevieron a surcar sus aguas, y quiso arrastrarlos al fondo de sus abismos. Después de la refriega, algo devolvió de lo que no le pertenecía: la piragua, averiada y rota, se estrelló contra la playa al atardecer de aquel terrible día, con un naufragio amarrado a su proa. Era Lispo. Debilitado por los golpes y agobiado por la tristeza de ver perecer en la lucha con las olas a su hermano querido, se ató a la débil embarcación, esperando que la corriente lo arrojara a la playa anhelada!

Casi exánime, fué llevado por brazos solícitos a casa de Tauma, y allí pasó grave enfermedad, cuidado por todos los amigos, hasta que lentamente entró en convalecencia.

Mientras tanto, Yontá se consumía en un oscuro rincón de su albergue, llorando la perdida luz de sus ojos, y sin recibir ninguna muestra de cariño o interés de parte de Lispo. Tauma, para evitarle penosas impresiones a la pobre ciega, había prohibido que se le dijese nada respecto a naufragio o gravedad del Indo, guardando ella

rencor por tal silencio y olvido. Para Jarib se quedaban las congojas, por tener que soportar la situación desesperada en que, de día en día, se sumía su desgraciada Yontá. Una mañana, hastiada de oírla quejarse, se fué en busca de Lispo para implorar de él algún remedio. Al verle, le dijo:

—¡Cuánto se regocijan mis ojos de verte ya bueno! ¿No sabes lo que ocurre en mi casa?

Un ceño adusto de parte de Tauma, y una inteligente presión de su mano sobre el hombro de Jarib, hicieron comprender a ésta que Lispo ignoraba la desgracia acaecida:

—¿Por qué no ha venido a verme la arisca torcaz?

Silencio significativo siguió a esta pregunta, que fué contestada así por Tauma:—Yontá sufre, hace muchos días, y Jarib, estoy seguro, venía a pedirte le fueras a llevar algún consuelo. Vamos todos allá.

Se dirigieron los tres hacia un lugar indicado por Jarib en la playa, y al llegar detuvieron instintivamente el paso para escuchar atentos la voz quejumbrosa de Yontá, imprecando las olas.

Se lamentaba, con acento apasionado, de su triste suerte, deseando concluir pronto tan oscura existencia. Con frase incoherente evocó el monstruo de negra aleta para pedirle viniera a devorarla; caminó a tientas hasta internarse en el agua y exclamaba así:

—¡Nada me detiene, oh mar, para penetrar en tus dominios y hundirme eternamente en tus aguas! ¿Por qué vivir si mis ojos jamás contemplarán el amado semblante de Lispo? ¡Oh! Luz, Luz, ¡vuelve a mí!

Hizo un movimiento de lanzarse al agua, pero fué bruscamente detenida por los potentes brazos de Tauma que le dijo:

—¡Insensata! ¿Por qué te apresuras adelantándote al destino? No blasfemes. Busca la paz y lleva resignada tu dolor.

Ella, queriendo desasirse, le decía:

—¿Qué, Tauma? ¿Ya vuelves tú con tus mentiras? ¿Cuál es ese destino? ¿Quién lo manda? Todo es un engaño, pues si un justo destino existiera, ¿por qué se me castiga privándome de la vista? ¿Por qué no he de gozar como antes mirando el mar, el cielo azul, las flores? ¿Por qué Lispo, el ingrato, no viene a aliviar mi mal? El tiene en su mano la hierba milagrosa que cura las dolencias, y se olvida de esta pobre india, que ofrendó sus ojos al sol para salvarle. ¡No, no, déjame morir!

Lispo escuchó estas quejas, tan propias del ser agobiado por un flagelo del destino, y sintió inmensa compasión por Yontá; mas detuvo sus impulsos, y la sometió a una última y decisiva prueba. Como se había mantenido alejado, acercóse de pronto a Tauma, a quien dijo en voz baja:—¡Apartaos!, dejadme a solas con ella!

Luego, con voz persuasiva y sosegada, le habló así, en tanto que ella, sorprendida, arrebatada por la dicha, le escuchaba con intensa y sostenida atención:

—Dime, Yontá, amiga mía: ¿por qué ese inmoderado afán por mí? Dime si tus ojos que un día me miraron conservan sólo el vivo recuerdo de mi figura y si es ella la que despierta en ti ansias de cariño?

Lispo, Lispo mío, déjame tomar aliento antes de contestar a tus preguntas: deja que mis manos, estrechando las tuyas, me aseguren, a falta de los ojos, que no sueño, que estás cerca de mí. Oye. Nadie impedirá que yo sea dichosa a tu lado: dichosa y valiente. Cuando te oigo me siento completa y confiada, y me imagino que conmigo se alegra todo cuanto nos rodea. La vida sin tus enseñanzas y tu presencia no tendría objeto... Contigo, el país de las sombras se volvería resplandeciente... Antes yo era sorda y muda para entender la naturaleza y comunicarme con ella; tú me diste oído y palabra. ¿Cómo quedar sin ti? ¡Lispo, Lispo mío! créeme: ya no soy la torcaz indomable de ayer, y solamente cuando escucho el rugido del mar, el reflujo de sus olas se agolpa en mi pecho, y protesto olvidándome que soy una pobre y solitaria ciega. Pero han cambiado mis anhelos. Tu figura atractiva, que antes llenaba mi vista de avaras miradas se ha desvanecido, dejándome en cambio el recuerdo de tus virtudes, la veneración por tus

doctrinas, y el íntimo deseo de que me tomes de la mano y conduzcas donde la luz no se extingue, donde la paz es completa... donde se reposa en calma...

Asumió Lispo una actitud compasiva, hizo su acento aún más suave, y acercándose a la joven posó la mano sobre su cabeza y le dijo:

—Yontá, mi torcaz convertida, por segunda vez te lo digo: no en vano te elegí entre tantas; tú eras la escogida en esta tierra; el signo ha llegado, y no sólo serás mi esposa amada, sino la cuna de la raza futura..., y si quieres que se despeje el horizonte de tu alma y en él aparezca la Aurora Divina del Sol Interno, la Eterna Luz imperecedera, acepta resignada la oscuridad pasajera de tus mortales ojos!

¿Qué poder encantado ejercieron estas palabras sobre la desgraciada ciega, para que su semblante se tornara tan tranquilo, tan sereno? Contestó con alegría:—¿Qué voz es ésta que halaga mi oído? ¿Qué mano bendita la que apacigua bajo su presión mi mente? ¿Qué fulgor ilumina mis ojos? Lispo, Lispo, yo veo.

—Dime lo que ves, Yontá.

—Te contemplo, mi bienhechor, con tu cabeza envuelta en blanca tela, radiante, la que refleja su luz sobre un estrecho sendero en que muy de prisa caminas... Pero te detienes de pronto, y levantas del suelo un ave herida que atraes con ternura a tu seno... Se desvanece el ave, y en su lugar va apareciendo la silueta vaporosa de una

mujer... Ya se fijan sus formas; mas, ¡oh prodigio!: esa mujer soy yo misma que estoy muy cerca de tu pecho... ¡Ilusión ha tiempos soñada! ¡Qué no fuera ella realidad!

—Sí, Yontá. Por fin pueden sostenerte mis brazos... Ven, pobre avecilla, que yo daré a tu alma la luz que ansía. Mis conocimientos seguirán despertando tu mente a la Eterna Verdad, y vivirás vidente entre los ciegos, sin que el mal contamine tu alma!

Ven, torcaz; ten confianza, que sólo en la oscuridad de la noche brilla hermosa y potente la Luz que jamás se extingue!

Así, descansó la pobre ciega su fatigada cabeza en el pecho noble de Lispo, sin sospechar siquiera que este Ser extraordinario y compasivo, por sacarla de un abismo, detenía el impulso que había de sustraerle a la involuntaria necesidad del renacimiento...

\* \* \*

Regocijado recibió el pueblo la noticia por boca de Tauma, de la unión de estos dos seres, y ofreció a Lispo el Cacicazgo de Yuk-Bugur.

Jefe, sacerdote, médico, todo fué para aquellas gentes el suave Indo, y bajo su imperio progresaron tanto las costumbres, el saber, las artes e industrias, que no sólo llegó a ser gobierno modelo el suyo, sino que atrajo con su influencia civilizadora a las demás comarcas vecinas, lle-

gando a extender sus dominios, pacíficamente, a lo largo del Continente.

La indómita Yontá, halagada con el amor de su esposo, tornóse en humilde ciega, aprendiendo a tener en poco la forma y en mucho el fondo, lo imperecedero y eterno. Abriéronse al resplandor de la Sabiduría los ojos de su alma, y Lispo miró con satisfacción que cada día que pasaba era uno más cercano al dichoso en que pudiera llamarla su amada discípula, su espiritual esposa.

Cuando el gobierno de Lispo estaba en su apogeo, habíase cumplido la profecía del viejo amigo de Yontá: ella fué madre de un precioso niño, y su padre, tomándolo en sus brazos, tatuó en él, sobre el pectoral derecho, la simbólica cruz, que él también conservaba con veneración; depositó luego en el regazo materno a su hijo, diciéndole a Yontá:

—Ha tiempos fué predicho por Tauma, que tú serías la cuna de la raza futura: cumplido está ya tu destino. Cuida este niño, pues su valor, independencia y la altivez que de ti hereda, se manifestarán a través de miles de generaciones, así como la dulzura de su carácter y su amor a la Justicia y la Verdad que le hemos infiltrado. El se aventurará en extraños países, buscando entrar en el Conocimiento, y dejará en el Sur hermosos hijos, que serán mañana los propagadores de mis enseñanzas. Su destino se unirá al de otra alma hermosa que nacerá en las playas de Oriente, en el centro de este suelo, y ambos sacrificarán su

forma en plena juventud, para entrar en un no lejano día al Sendero que conduce a mi Patria. Llámale Ivdo, que significa "sol a la inversa", porque yo nací en donde sale el sol, y él, Ivdo, nace en donde este astro se oculta.

.....

Algunos días después, la muchedumbre inquieta vociferaba ante el Palenque de su Cacique, el cual había desaparecido misteriosamente una mañana, y aun esperaba impaciente su regreso. En su egoísmo culpaba a Yontá de su fuga, y la pobre estaba tan ignorante de lo ocurrido como el mismo pueblo... Viendo que su vida y la de su hijo peligraban, escapó con Jarib, ayudada por Tauma y un grupo de amigos, ascendiendo en secreto una noche el escarpado cerro, hasta llegar a la cima, a donde por segunda vez volvía; pero, ¡en qué diferente situación! Ahora venía ciega, cerrados sus ojos al resplandor externo, mas despierta el alma a la Luz Verdadera. Un niño inocente dormía en sus brazos sin más amparo que la caridad, pero conteniendo en su alma un raudal de conformidad y resignación tales, que la haría bajar humildemente la cabeza ante las leyes del destino!

Pasó en aquel lugar muchos años, familiarizándose con la quietud y soledad. Aprendió a caminar a tientas por entre sus monolitos, a entrar en sus extrañas cavernas y galerías, y supo la historia de sus antiguos constructores; allí, al tibio calor de enseñanzas ocultas que de Tauma

recibiera, fué creciendo su niño. Cada día encontraba la ciega nuevo aprendizaje escuchando la voz acallada del silencio; y cuando sonó la hora de entregarse al reposo final, aceptó resignada su suerte, pronunciando el nombre venerado de Lispo. Ivdo halló a su madre dormida para siempre con una dulce sonrisa en los labios. Ofuscado por el dolor, olvidándose de Tauma y Jarib, huyó atemorizado y empezó a descender paso a paso la pendiente.

Muchas lunaciones transcurrieron, y él aun cruzaba errante por montes y llanuras sin hallar quién le ofreciera asilo, hasta que llegó una alborada a Dorien, y la bondadosa Guaré lo recibió en su hogar brindándole sustento y abrigo. Pero esta tranquila vida fué para Ivdo de corta duración, pues de pronto se vió perseguido cruelmente por Kaurki, Cacique de Dorien. Forzosamente tuvo que escapar reanudando su viaje hacia el Sur, en busca de aventuras.

Entre luchas y fatigas pasó su adolescencia, y cuando entró en la mocedad, era valiente, hermoso, altivo y tierno! En su paso por tierras lejanas encontró en las selvas una delicada compañera que le ofreció amor y vida. Como errante peregrino aceptó Ivdo este pasajero reposo, que duró algunos años, al cabo de los cuales, habiendo hallado el oro que tanto anhelara desde el principio de su viaje, emprendió su regreso hacia el Norte, dejando varios hijos al cuidado de amorosa

madre, de quien arrancó antes de partir la promesa de lanzarlos al mundo como fundadores de futura raza.

Ascendió de nuevo a la altura de donde había bajado cuando niño; a duras penas llegó una noche a los alrededores de Dorien, fatigado y sediento, y buscó entre la sombría hondonada una fuente de agua en donde apagar su sed. Fué allí donde reconoció a Zulai, cuyo karma debía enlazarse al suyo, para que se cumpliera la profecía hecha por el sabio Lispo, cuando depositó en brazos de Yontá a Ivdo, su hijo amado.